

Estrategias discursivas de construcción identitaria en el conflicto agrario.

José E. Rodríguez y Laura V. Ligorria.

Cita:

José E. Rodríguez y Laura V. Ligorria (2012). *Estrategias discursivas de construcción identitaria en el conflicto agrario*. VII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-097/278>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRxp/2Yz>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Estrategias discursivas de construcción identitaria en el conflicto agrario

Autores:

José E. Rodríguez. Centro Estudios Avanzados- UNC. Email: eugenio1914@hotmail.com

Laura V. Ligorria. Universidad Nacional de Córdoba. Email: lauritasirio@hotmail.com

Introducción

El 11 de marzo de 2008 M. Lousteau anunciaba y explicaba en conferencia de prensa los contenidos de la Resolución Nro. 125 del Ministerio de Economía que introducía modificaciones en el sistema de retenciones a las exportaciones agrícolas vigente hasta la fecha. Entre los aspectos más relevantes, la medida provocaba un considerable aumento en el porcentaje retenido por el Estado en las operaciones de exportación de distintas producciones de origen agrícola (en soja la alícuota pasaba del 35% a 41%)¹.

En los días subsiguientes al anuncio la cúpula de las principales entidades rurales llamó a un cese en la comercialización de productos agropecuarios y a participar en asambleas, cortes de ruta y otras manifestaciones de protesta en distintos puntos del país. Durante esas jornadas se escucharon múltiples voces de rechazo a la gestión oficial, como así también expresiones descalificatorias para con sus principales figuras. Desde el gobierno, sus cuadros políticos más visibles cuestionaron fuertemente la actitud de los ruralistas, mientras llamaban a levantar las medidas de fuerza; por su parte, la Presidenta Cristina Fernández decidió pronunciarse públicamente acerca del conflicto el 25 de Marzo en un discurso transmitido por cadena nacional. Con el transcurrir de las semanas el nivel de la confrontación se intensificó, pese a que hubo espacios de tregua donde se ensayaron varias reuniones de negociación que no prosperaron. La

¹ El Ministro de Economía además explicó que con esta política la flamante gestión de gobierno otorgaría mayor previsibilidad a los productores por los próximos cuatro años, ya que la misma ayudaría a menguar la volatilidad de los precios internacionales de los commodities agrarios. La clave residía en una novedosa cláusula de movilidad en el porcentual a retener que se modificaría a diario de acuerdo a la variación de los precios. Por otro lado, afirmó que se buscaba contrarrestar el avance del proceso de "sojización" que se había venido produciendo en el campo argentino. Dicho argumento se fundaba en que el nuevo esquema incluía una reducción en la alícuota para el trigo y el maíz (que en ninguno de los dos casos superaba el 1%) y que esto incentivaría a aumentar la inversión en estos cultivos en desmedro de la soja. Por último, señaló que la Resolución 125 reafirmaba la estrategia gubernamental de desacoplar los precios de los alimentos a nivel local, en relación a la situación mundial.

cantidad de acciones de protesta en el interior se acrecentó, sumándose localidades no pertenecientes a la Pampa Húmeda, mientras que en los principales centros urbanos del país se pudieron ver manifestaciones en respaldo a los ruralistas y/o en repudio al gobierno nacional. A esta altura, la mayoría de las fuerzas políticas del arco opositor participaban activamente en apoyo a la lucha de los ruralistas.

En la conmemoración patria del 25 de Mayo, ambas facciones realizaron demostraciones de fuerza convocando a miles de ciudadanos. La dirigencia agropecuaria -nucleada en la denominada Mesa de Enlace- reunió alrededor de 200.000 personas (promediando las distintas fuentes) en un acto en la ciudad de Rosario donde se expresaron sus principales figuras. Entre la multitud se destacó la presencia de reconocidos exponentes de la oposición, inclusive de aquellas fuerzas históricamente enfrentadas al sector más poderoso del agro argentino. Por su parte, el conglomerado de actores políticos y movimientos sociales que apoyaban al gobierno estuvo presente en el acto oficial en la ciudad de Salta.

A mediados de Junio, la Presidenta anunció el envío de la Resolución 125 al Congreso para su ratificación parlamentaria y, de este modo, imprimirle mayor legitimidad institucional a la medida. En la Cámara de Diputados el oficialismo se impuso con una ajustada mayoría validando la vigencia de las retenciones móviles, aunque es importante señalar que el texto aprobado incluyó varias concesiones a los pequeños y medianos productores. La conducción ruralista expresó su disconformidad con la nueva ley y redobló sus esfuerzos de cara al debate en el Senado. La sesión crucial se pautó para el 16 de Julio y ambas partes convocaron a una última movilización para respaldar sus posiciones. Finalmente, la votación se cerró en la madrugada del 17 en una jornada histórica donde el Vicepresidente Julio Cobos, teniendo que desempatar, se pronunció en contra del dictamen oficial. Horas más tarde el Jefe de Gabinete anunciaba la derogación de la Resolución 125.

Los niveles de movilización implicados en la lucha y la intensa cobertura mediática, sumados a la participación de gran parte de la dirigencia (política, sindical, empresarial, etc.), hicieron de la revuelta agraria un conflicto político comparable con otros episodios significativos de la historia argentina. Replicando su trascendencia, desde los círculos académicos se ha producido una considerable cantidad de estudios sobre el conflicto fundados en diversos marcos conceptuales. El presente trabajo forma parte de un intento interdisciplinario de aproximación al tema valiéndonos de herramientas pertenecientes a la sociología y al análisis del discurso, siendo

en este punto donde busca constituirse como un nuevo aporte.

Siguiendo a Verón, consideramos que “(...) los llamados ‘hechos políticos’ (...) no existen independientemente de su semantización discursiva, son estrictamente inseparables de los discursos. Inversamente, dentro de la dinámica de una situación política determinada, todo discurso político es un hecho político.” (Verón, 1980:89). Partiendo de esta afirmación, nos disponemos a abordar el discurso producido por el presidente de la Federación Agraria Argentina (FAA), Eduardo Buzzi, en el acto de Rosario. Entre las numerosas intervenciones discursivas de los ruralistas, este discurso adquiere particular relevancia por tratarse de la primera demostración de fuerza de envergadura realizada por la dirigencia agropecuaria en el tiempo que duró la disputa, pudiendo ser inclusive la más importante, sobre todo, considerando sus efectos en el campo político².

Por otro lado, si bien no fue la primera vez que las principales entidades del agro coordinaban sus acciones, la conformación de la Comisión de Enlace de Entidades Agropecuarias, más conocida como “Mesa de Enlace”, fue un acontecimiento que podría considerarse excepcional en la larga vida de estas instituciones. En ello fue particularmente significativo el involucramiento de la FAA, ya que permitió la conjunción del grueso de las organizaciones gremiales del sector rural³ detrás de un objetivo compartido, lo que sin lugar a dudas vigorizó a la causa agraria e incrementó sus posibilidades de éxito. Es importante considerar al respecto que la FAA fue una de las entidades agrarias que más cerca estuvo de la gestión kirchnerista en sus primeros años⁴ y, por otra parte, dentro del sector, ha mantenido a lo

² Asimilamos la noción de “campo político” al modo en que la concibe Bourdieu (2001); esto es, como un microcosmos relativamente autónomo, delimitado por fronteras más o menos permeables de acuerdo a su estadio en el devenir histórico del mismo, aunque nunca totalmente cerradas dado que parte de la lógica que lo gobierna consiste en que los actores que lo componen deben rendir cuentas periódicamente ante sus representados. El objeto principal (“enjeu”) en torno del cual se constituye el campo es la lucha por la “*imposición legítima de los principios de visión y división del mundo social*” (Ob. Cit.: 22) -fundada en la construcción de “ideas-fuerza”, o en otras palabras, de formulaciones con capacidad de movilizar adhesiones, capacidad que no resulta necesariamente de las propiedades inherentes a los enunciados, sino también de quien los enuncia- orientada a controlar los bienes estatales (capital político objetivado). Entonces, dado que las posibilidades de éxito en esta disputa reside en el reconocimiento a los posicionamientos que generan los diferentes actores en pugna, se entiende que todas las fuerzas políticas se hayan inmiscuido desde el primer momento en el conflicto.

³ Ya sea por la cantidad de afiliados que reúnen, su presencia territorial, la importancia de las ramas productivas que representan, sus conexiones en el campo de la política o simplemente su tradición, las entidades de mayor gravitación en el gremialismo rural al presente son: la Confederación Intercooperativa Agropecuaria (CONINAGRO), Sociedad Rural Argentina (SRA), las Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) y la Federación Agraria Argentina (FAA). Véase Lattuada M. (2006).

⁴ Según Lissin (2010) luego de la asunción de Néstor Kirchner, la necesidad de construir poder político y de recuperar el empleo a través del crecimiento económico, indujeron al Presidente a establecer canales de negociación con la FAA para la generación de políticas públicas que amparasen a los sectores representados por la

largo de la historia posiciones distantes, cuando no enfrentadas, a la CRA y la SRA sobre todo. Esto último se debe, en parte, a los diferentes perfiles productivos que han caracterizado a sus afiliados, condición fundamental para entender las diferentes orientaciones reivindicativas de las organizaciones⁵.

Algunas precisiones sobre la aproximación teórica.

Proponer un análisis discursivo en el marco de las presentes Jornadas de Sociología nos compele a desarrollar la concepción en torno a la relación teórica entre discurso/sociedad sobre la cual se asienta nuestro trabajo. Para ello resulta necesario plantear a grandes rasgos los ejes fundamentales del enfoque adoptado.

Entendemos con los autores Costa y Mozejko al discurso en tanto *práctica social*⁶; es decir como una práctica que, al igual que otras, es desplegada siempre por alguien. Una primera implicancia importante de este modo de proceder consiste en el desplazamiento del énfasis del análisis del discurso como producto a su proceso de producción, lo que conlleva a reparar en el sujeto (sea individual o colectivo) que produce los enunciados.

Se sabe que el sujeto que habla, que piensa, que negocia, en definitiva, que actúa, no es un sujeto aislado del mundo. Si bien no es necesario ahondar mucho en este aspecto, dado que aquí reside gran parte de la especificidad de la sociología, podemos afirmar con Boudon (1981) -entre otros posibles- que el sujeto de la acción generalmente se encuentra inmerso en diferentes sistemas de interacción con lógicas que les son inherentes y que lo exponen a fuerzas que inciden

entidad. La existencia de esta relación quedó demostrada con la participación de funcionarios del gobierno en eventos organizados por la entidad y varias declaraciones mediáticas de apoyo hacia éste por parte de la dirigencia federada. La caracterización de aquellos años en una entrevista concedida por su presidente, E. Buzzi, son elocuentes al respecto: “*Miremos que pasó. A diciembre del año 2005, la economía del sector creció, el campo estuvo bien. Los lineamientos macroeconómicos tuvieron su rigor, con una cantidad de cuestiones que habilitaron un proceso de crecimiento virtuoso de la economía y del sector. Ese es el saldo de Lavagna.*”. Reproducido en Basombrío (2008:301)

⁵ Sin embargo, hay que señalar que tanto sus demandas hacia los gobiernos como su modo de vinculación con el Estado, e inclusive, la composición de las bases sociales que las sustentan, se encuentran sujetas a procesos de transformación operados por la historia, lo que insta a ser cautelosos al momento de realizar una lectura sobre sus representaciones y las posiciones políticas que de ellas derivan.

⁶ La perspectiva que aquí se reproduce en forma resumida es producto del trabajo interdisciplinar que recupera categorías pertenecientes a la sociología y a los análisis del discurso emprendido por estos autores desde hace más de una década y que ha sido plasmado en diversas publicaciones. Entre las más importantes, véase Costa-Mozejko (2001), (2002), (2007) y (2009).

en el curso de su actuación. Por su parte, Weber ya había planteado mucho antes que la condición distintiva de la acción social radicaba en el carácter subjetivo que el agente le imprime a su accionar teniendo en consideración el comportamiento de terceros. A ello agregaba que el sentido de la acción social puede inferirse a partir de la indagación sobre las condiciones objetivas en las cuales se produce la práctica, inclusive relegando los argumentos que los propios agentes pudieran aducir sobre su comportamiento. Evocando esta tradición, plantear el discurso como práctica implica, en primer orden, asumir que el sentido y los efectos de sentido que persiguen los enunciados pueden ser comprendidos/explicados acudiendo a elementos extradiscursivos -además de los discursivos-, o, parafraseando a Verón (2007), a las condiciones sociales de producción de todo discurso⁷.

Por otra parte, esta forma de trabajar los discursos implica centrar el análisis en aquellos elementos que constituyen al *agente social* como tal; es decir como sujeto epistémico, construido teóricamente y no como individuo en su singularidad, definido a partir de sus rasgos o atributos esenciales, como supuestamente serían el carácter, los valores, el carisma, etc. Nos resulta necesario explicitar al menos tres conceptos utilizados para entender al agente y su práctica: nos referimos a las categorías de *lugar*, *competencia* y *gestión* desarrolladas en distintas instancias del trabajo de Costa y Mozejko. La primera noción refiere a la construcción teórica que se hace del agente social -insistimos, individual o colectivo- acudiendo al cúmulo de propiedades apreciadas o depreciadas socialmente que le confieren entidad o, en otras palabras, que lo hacen socialmente reconocible. Entonces, el *lugar* vendrá dado por el nivel de dominio o posesión de aquello que es considerado valioso y por el reconocimiento que de esto se tenga en el espacio social donde se inscribe la práctica considerada; establece quién es quién en un determinado sistema de relaciones. Asimismo, sobre este control de recursos se basa, en parte, la *competencia*, concepto mediante el cual se alude a la “capacidad diferenciada de relación” que permite al agente ser aceptado y valorado socialmente, hacerse oír, legitimar sus posiciones, ejercer un liderazgo, etc. Se trata de la probabilidad de imponerse que se desprende de los atributos que reúne el sujeto; cualidades que a su vez adquieren un valor en un determinado

⁷ Cabe destacar que si bien esta perspectiva retoma el espíritu de las tradiciones que teorizaron la crucial incidencia que lo social tiene en los discursos, toma cierta distancia de las formulaciones que procesaron la cuestión en clave de reflejo, refracción, mediación u homología. Siguiendo a Costa y Mozejko consideramos que estos planteos, en la mayoría de las ocasiones, conllevan a desestimar la centralidad del sujeto en la elaboración del discurso, al colocarlo en el papel de una suerte de “... conductor (en el sentido físico del término) privilegiado que canaliza, volcándola en el texto, una energía que no le pertenece” Citado en “¿Quién produce el discurso? Acerca del sujeto de las prácticas”.

momento histórico y por tanto son susceptibles de variación. Pero la competencia no emana simplemente de los recursos y propiedades que éste controla, sino que está sujeta a la *gestión* que el propio agente hace de ellos. El sujeto perfila su identidad social invirtiendo y acumulando en recursos y propiedades y haciendo uso de éstos; por ejemplo, exhibiendo determinadas cualidades u ocultando otras según el momento, reseñando una actuación pasada de repudio o apoyo a ciertos procesos políticos, inscribiéndose en tradiciones ideológicas o intelectuales, postulando la adhesión a principios y valores, etc.

Otro aspecto fundamental en esta perspectiva, es la consideración de que las acciones de los agentes sociales están orientadas a mejorar su situación -o al menos no perjudicarse- dentro del sistema de relaciones y posiciones en el que se producen los discursos analizados. Ahora, es importante destacar que dicha condición no necesariamente supone conciencia de parte de los agentes. Entendemos a la práctica como una opción estratégica producida por el agente dentro de un campo de posibles haciendo uso de su competencia; por tanto, no es la posición ni las condiciones objetivas lo que genera la práctica, aunque tampoco se trata de cuestiones indiferentes al análisis.

Más específicamente, se trata de un doble espacio de posibilidades estratégicas. Por un lado, en el análisis se consideran las coerciones de índole social, el lugar ocupado por el agente en el entramado de relaciones y los intereses inherentes a esa posición que están en disputa; por el otro, intervienen las posibilidades y limitaciones específicamente discursivas. De esto se desprende que se reconoce una doble forma de existencia del agente. Nuestros autores diferencian analíticamente al “sujeto social”, que es quien produce los discursos, y al “sujeto de la enunciación”, que es el sujeto construido en y por los enunciados. Así como el sujeto social opta estratégicamente dentro de un campo de posibles fáctico establecido por el nivel relativo de recursos que controla, también estas opciones, en tanto estrategias discursivas, tienen lugar en el campo de posibles discursivos para construir el enunciado. De este modo, las estrategias serán entendidas como *“obra de un sujeto (individual o colectivo) conducido a elegir (de manera consciente o no) cierto número de operaciones de lenguaje.”* (Charaudeau y Maingueneau, 2005: 245) que pueden ser la elección de un sociolecto específico; la elección de un modo de representar los actores, el tiempo y el espacio o la elección de estrategias de asimilación o diferenciación de otros enunciadores. En consecuencia, una de las dimensiones que se puede encontrar en el texto, en tanto efecto del proceso de producción del discurso, es la construcción

del enunciador.

Así entendemos que el agente construye estratégicamente un simulacro de sí con el propósito de generar determinados efectos de sentido. Es por ello que es esperable que realice una autoconstrucción que lo favorezca; sin embargo, no hay libertad absoluta para la creación de este sujeto que habita en los enunciados. Además de las restricciones discursivas, postular un “yo” muy diferente de “aquel” que ocupa un determinado lugar en un sistema de relaciones -por tanto reconocido socialmente- sería inverosímil, lo que conllevaría a restar eficacia a todo el discurso.

Es en este marco conceptual que cobra sentido el análisis de la autoconstrucción del “yo” que realizó Buzzi, en representación de la FAA, durante en el conflicto por la Resolución 125. A continuación, en conformidad con este modo de abordar la cuestión, nos abocaremos a recuperar los principales aspectos relativos a las condiciones sociales donde se inscribe la práctica discursiva de la dirigencia federada.

Reconfiguración productiva del sector rural

El conflicto desencadenado a partir de la Resolución 125 estuvo precedido poco tiempo antes por una serie de disputas entre las organizaciones rurales y el gobierno de Néstor Kirchner⁸ que no deben ser soslayadas a la hora abordar e intentar entender el posicionamiento de la FAA.

⁸ El primer antecedente de relevancia sucedió en marzo de 2006. Los precios de la carne venían elevándose aceleradamente, ante lo cual el gobierno ensayó una serie de medidas para contener la escalada. La más drástica fue el cierre de las exportaciones por 180 días, medida que generó la reacción de la dirigencia agropecuaria, aunque con algunas disidencias en su interior. Por un lado, el presidente de la FAA, E. Buzzi, apoyó tajantemente la decisión oficial en declaraciones a la prensa, mientras que CONINAGRO se mantuvo al margen. Por su parte, CRA convocó a un paro en la comercialización de granos, insumos y hacienda; además logró realizar una considerable cantidad de asambleas en el interior. La SRA en un principio mostró cierta indiferencia hacia la protesta, pero terminó plegándose días más tarde ante el alto acatamiento que la misma despertó. En diciembre de ese año se produjo otro episodio; CRA y FAA llamaron a un nuevo cese en la comercialización de productos agropecuarios. Los reclamos se centraban en el alto nivel de los impuestos (fundamentalmente las retenciones), los malos precios que recibían los productores de ganado como consecuencia de las intervenciones del gobierno, las restricciones a las exportaciones de carne y el bajo precio que pagaban los molinos harineros por el trigo. El posicionamiento de las autoridades de la FAA meses antes no había sido compartido entre buena parte de sus afiliados e inclusive causó algunas fisuras al interior de la dirigencia, por lo que en esta oportunidad la entidad se sumó a la medida de fuerza. Por último en abril de 2007, CARBAP –una de las entidades más importantes de las nucleadas en las CRA- llamó a un nuevo paro reclamando una mayor desregulación en el funcionamiento de los mercados cárnicos. No obstante, esta vez la convocatoria tuvo un bajo acatamiento; sólo algunas delegaciones de la FAA de la provincia de Buenos Aires se plegaron a la protesta.

Sin embargo, por mucho que estas luchas parciales pudieran haber afectado los vínculos establecidos, entendemos que posee mayor rendimiento explicativo aproximarse a la cuestión recuperando algunos otros factores imperantes al momento de producirse la práctica. Para ello, es fundamental empezar por reparar en la profunda serie de transformaciones acaecidas en el transcurso de las últimas dos décadas que modificaron sustancialmente el perfil productivo de la economía agraria -tanto en la zona central como en las regiones históricamente consideradas periféricas- cuya arista más visible es la formidable expansión del cultivo de la soja.

Es posible establecer como origen de este proceso las desregulaciones de los mercados y las reformas estructurales llevadas a cabo por la gestión menemista. Dos medidas de profundas implicancias deben ser tenidas en cuenta en lo que respecta al sector rural: en primer orden, se suprimieron las instituciones estatales encargadas de regular los mercados⁹, lo que significó en los hechos exponer drásticamente a la producción a los vaivenes de la economía global y suprimir la alternativa de instrumentar acciones proteccionistas que ampararan a los productores locales; a su vez, el establecimiento de la paridad cambiaria con el dólar, en combinación con los bajos precios de los productos agropecuarios durante la mayor parte de la década, dificultó las posibilidades de colocación de los bienes agropecuarios en el mercado internacional¹⁰.

En 1996, con la habilitación del uso de semillas transgénicas, se posibilitó el desarrollo pleno de las nuevas formas de producción agrícola, entre las que se destaca la siembra directa. Con la aprobación del uso de semillas genéticamente modificadas, se redujeron los costos de producción y se simplificó notoriamente el manejo del cultivo, sobre todo en relación al control de malezas. En muy pocos años las variedades RR (*Roundup Ready* o resistentes al glifosato) se utilizaban en el 90% de las áreas sembradas. Así, el nuevo paquete tecnológico aumentó la rentabilidad del negocio incentivando la extensión de la producción de la oleaginosa a otras zonas del país.

La irrupción de nuevas tecnologías posibilitó a los agricultores adaptar sus estrategias

⁹ La Junta Nacional de Granos y la Junta Nacional de Carnes fueron las más emblemáticas -también hay que mencionar la Dirección Nacional del Azúcar y la Comisión Reguladora de la Yerba Mate, entre otras áreas desmanteladas-. Asimismo, se redujo fuertemente el presupuesto del INTA lo que implicó retraimiento de su capacidad de influencia en la producción agropecuaria.

¹⁰ También hay que mencionar que, casi en forma simultánea, se anularon los gravámenes en concepto de derechos de exportación, una medida celebrada por todas las entidades gremiales del agro, pero que en el corto plazo reveló su insuficiencia para contrarrestar los efectos negativos del nuevo esquema. Asimismo, se instrumentaron una serie de acciones desde el Estado para acompañar a los actores de la producción en la adaptación al nuevo esquema económico (por ej. el Programa Cambio Rural), pero se trató de iniciativas menores en relación al perjuicio que el mismo conllevaba, sobre todo, para los pequeños y medianos productores.

productivas, lo que redundaba en una mayor eficiencia en el uso de recursos y un incremento en los rendimientos por hectárea; alternativa que en aquellos años se constituyó en la única posibilidad para alcanzar una rentabilidad razonable que permitiera mantenerse en el negocio (Barsky y Gelman, 2009: 405). Sin embargo, para los más pequeños fue muy difícil, cuando no imposible, dado que la inversión en tecnología y maquinaria necesaria para hacer soja (y otros cultivos compatibles con la oleaginosa) bajo el nuevo paradigma no estaba dentro de sus posibilidades financieras. Mientras más pequeños eran los lotes de su propiedad menores los dividendos y más reducidas sus posibilidades de acceso al crédito. Además, la desregulación de los mercados financieros había creado las condiciones para que sumas considerables de capitales extranjeros y nacionales se volcaran a los agronegocios, lo que se tradujo en un notorio incremento de los precios de la tierra. Esta variable impidió que buena parte de los pequeños y medianos agricultores pudieran incrementar su escala alquilando tierras, quedando en una situación delicada. (Lattuada y Neiman, 2005: 38).

Tan es así que muchos fueron pereciendo en esos años. Sus estrechos márgenes de maniobra provocaban que ante una mala campaña -ya sea por factores climáticos, variación en los precios agrícolas, aumentos en los costos, malas decisiones agronómicas, etc.- quedaran fuertemente endeudados y con pocas chances de conseguir recursos para encarar la próxima siembra. La pronunciada caída de los precios de los granos a fines de los años noventa, fue el golpe de gracia para miles de productores que venían acumulando años de angustia.

Si se analiza este proceso a través de los resultados de los Censos Agropecuarios Nacionales, los números son más que elocuentes. Entre los años 1988 y 2002 la cantidad de establecimientos agropecuarios (EAPs) se redujo en un 20% aproximadamente, se pasó de 421.221 a 333.533. Si nos focalizamos sólo en las tres provincias de mayor producción agropecuaria (Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe) la variación intercensal aumenta a un 30%. Asimismo, la desaparición de las explotaciones se produjo mayoritariamente en la franja de menor extensión. Según Slutsky, entre ambos períodos “(...) *las EAP de hasta 500 ha pierden aproximadamente 5.7 millones de ha que se redistribuyen en las unidades de mayor dimensión, principalmente entre las mayores a las 1000 ha. De esta forma, el tamaño promedio por EAP pasa de 470 a 587 ha entre 1988 y 2002.*” (2008:12).

Un aspecto significativo a tener en cuenta es que el proceso de concentración de la producción no ha implicado necesariamente una concentración equivalente en la propiedad de la

tierra, ya que la inmovilización de capital en la adquisición de lotes no es un requerimiento necesario para el éxito bajo el nuevo paradigma de producción agrícola (Hernández: 2006). La gran proliferación de pooles de siembra en los últimos años sirve como fundamento a esta apreciación. También se puede mencionar, sin ir más lejos, a las grandes empresas agropecuarias -entre las que se destacan el “Los Grobo” y “El Tejar”-, las cuales manejan entre 150.000 y 200.000 has. siendo propietarias sólo de una décima parte de dicha extensión.

Buena parte de estos agricultores desplazados, cuando lograron evitar que sus lotes fueran rematados los pusieron en alquiler y complementaron esta renta con algún sueldo para afrontar las deudas contraídas¹¹. Así, muchos se reciclaron en el circuito productivo en situación de dependencia, es decir, comenzaron a trabajar como empleados en algún rubro ligado al negocio agrario (maquinaria agrícola, acopio de granos, transporte, etc.) o simplemente como encargados de los campos.

Con la devaluación y el posterior ciclo alcista de los precios internacionales, se acentuaron las tendencias que se venían manifestando en la matriz productiva en esos años cuyo corolario principal, a mediano plazo, ha sido la agriculturización de las principales áreas agrícolas destinadas, ahora mayoritariamente, a la siembra de soja.

Ahora, los procesos que acabamos de mencionar no sólo impactaron en la dimensión agronómica del circuito agropecuario, sino que tuvieron su correlato en la configuración del entramado socio-productivo implicado en el sector, creciendo y complejizándose la red de servicios vinculados a la producción, como así también en la infraestructura destinada a la elaboración de derivados (estamos refiriéndonos fundamentalmente al complejo aceitero). Las nuevas técnicas agrícolas, al disociar cada vez en mayor medida los factores de la producción -tierra, trabajo, capital- e incentivar la especialización productiva, fueron determinantes en el continuo desarrollo de una estructura rural compleja y diversa donde coexisten múltiples eslabones.

En este nuevo escenario post-convertibilidad los pequeños y medianos agricultores, que habían logrado perdurar, se encontraban en condiciones propicias para volver a producir con muy buenos márgenes de ganancia, dado que la coyuntura posibilitó a la mayoría de los productores trabajar con altos estándares tecnológicos. A su vez, una cantidad no menor de

¹¹ Al respecto Lattuada y Neiman (2005:38) señalan: “*Hacia finales del año 1999, informes oficiales estimaban que los agricultores argentinos registraban un endeudamiento cercano a los 6.000 millones de dólares con el sistema financiero, de los cuales alrededor del 60-70 por ciento se daba con la banca oficial.*”

propietarios de lotes pequeños había venido optando por alquilar sus campos al resultarles más conveniente el ingreso garantizado en el arrendamiento que el riesgo implicado en la inversión productiva, ecuación que actualmente viene dada por los altos precios de la tierra y de los commodities agrarios. Así lo explican Ascuy Ameghino y Fernández (2007):

“(…) los elevados niveles de renta que se pagan por los campos agrícolas son consistentes con un cambio en la razón principal por la cual pequeños y medianos propietarios ceden sus tierras a terceros, pasando de una situación en la cual ceder la tierra es una opción forzada [...] a la libre decisión de resignar el riesgo de dicha operatoria satisfechos por los niveles de ingreso obtenidos mediante el arrendamiento. De este modo, de resultar en muchos casos el paso intermedio entre la quiebra de la unidad productiva y la liquidación patrimonial, el mini-rentismo se ha transformado, atendiendo a su aspecto principal actual en la región pampeana, en un negocio más que aceptable para numerosos pequeños y medianos terratenientes tradicionalmente también productores familiares o capitalistas en escala reducida.” (Ob. Cit.: 9)

Por su parte,

[l]as pymes agropecuarias originadas en el ‘boom sojero’ son, precisamente, parte de esa complejidad del nuevo ‘ganador’ posreestructuración. En la trama productiva que decantó, ‘los sojeros’ no pueden ser asociados con los terratenientes, por más que se trate de un modelo que estimule la gran escala. La razón es que el arriendo constituye una mejor opción para estos nuevos agentes agroexportadores pues, al contrario de la propiedad, evita ‘hundir’ capital en el factor tierra. (Gras y Hernández, 2009: 31)

Se estima que la mitad de la tierra donde se produce la oleaginosa en nuestro país es arrendada, siendo que los contratos de alquiler, por lo general, se realizan sólo por una campaña y se pactan en una cantidad fija de soja. Es por ello que los rentistas constituyen una capa significativa en la cartografía rural que no debe ser marginada cuando se piensa en los sectores afectados por la Resolución 125. Otro rubro que ha ido cobrando relevancia son los contratistas de maquinaria; nos estamos refiriendo a la variada gama de actores que realizan funciones en siembra, cosecha, fumigación, aplicación de fertilizantes, entre otros. Por último, también hay que tener presente el asesoramiento agronómico, la provisión de insumos y acopio.

Para ir cerrando este apartado y no extendernos en demasía, consideramos que

“[t]oda esta dinámica que, además involucra fuertemente a los proveedores de maquinaria agrícola, transportistas, servicios y casas comerciales, en los últimos años consolidó económica y socialmente a una gran trama de agentes sociales. Ello incluye también al financiamiento de las gestiones de los municipios que dependen de la situación económica local para recaudar sus tributos. Es esta base social fuertemente unida por la defensa de los excedentes generados por la producción agraria y los procesos vinculados industrialmente la que saldría a oponerse a la medida. (Barsky y Dávila, 2008: 219)

En lo respectivo al posicionamiento de la FAA durante el conflicto, pensamos que las

transformaciones aludidas operaron como condiciones favorecedoras para que la entidad optara por involucrarse actuando en forma coordinada con las demás organizaciones del agro. Dos razonamientos sirven como fundamento a nuestra hipótesis: en primer lugar, la entidad gremial se ha caracterizado históricamente por nuclear una variada gama de productores de diferente inserción en el entramado productivo y procedencia geográfica diversa: pequeños y medianos agricultores, productores ganaderos, tamberos, chacareros de los cinturones hortícolas de las grandes ciudades, productores de las economías regionales, cultivadores de arroz, de algodón, etc. nutren sus filas; pero también, buena parte de su base societaria está constituida por productores agropecuarios de la región pampeana muy vinculados en la actualidad a la producción de soja. Con el nuevo esquema de retenciones, este grupo se vio perjudicado de igual modo que los miembros de CRA u otras asociaciones rurales; en realidad, en el nuevo escenario agrícola su condición no era muy diferente¹².

De ahí que adhiramos a la tesis de Lissin (2010), según la cual, ésta fracción habría logrado imponer sus intereses al interior de la conducción federada. Si bien es imposible hacer algún tipo de precisión acerca del grado de incidencia de este factor en la estrategia adoptada por la FAA, el hecho de que durante el conflicto se plantearan objeciones internas al comportamiento de la entidad y que, más tarde, algunos dirigentes renunciaran o fueran desafiliados, valida en alguna medida el argumento.

Segundo, consideramos que los intereses inherentes a la posición ocupada por la FAA -en tanto organización gremial de productores agropecuarios- en relación a las otras entidades operaron instando a su dirigencia a orientar las acciones reivindicativas y a establecer las alianzas políticas, no sólo en conformidad a la conveniencia de sus afiliados efectivos (o una parte de ellos), sino también contemplando la realidad de los potenciales asociados, en procura de aumentar así su base societaria, incrementar su legitimidad entre su público natural y, con ello, mejorar su poder diferenciado de relación.

¹² Un elemento que refuerza este planteo es que la FAA consideró siempre insuficiente la fragmentación de las retenciones de acuerdo a la capacidad productiva y la distancia a los puertos de exportación que el gobierno se dispuso a negociar en la Cámara de Diputados a los fines de desafectar a los pequeños y medianos productores y así inclinar la correlación de fuerzas a su favor.

Construir el acontecimiento: estrategias discursivas de la FAA.

Como mencionamos anteriormente, el discurso constituye una práctica que supone un agente productor, pero también es considerado como un proceso de producción de sentido que deja marcas en el texto. Esto implica reconocer la presencia de “(...) *un conjunto de huellas que las condiciones de producción han dejado en lo textual*” (Verón, 2007: 18). Cuando se establece la relación entre una propiedad significativa y sus condiciones de producción, las marcas textuales se convierten en huellas del proceso de producción de sentido revelando la importancia que adquiere, desde esta perspectiva, el análisis de dichas huellas.

A partir de ciertas herramientas provistas por la Semiótica intentaremos dar cuenta del modo en que el representante de FAA, Eduardo Buzzi, en tanto agente social, se construye a sí mismo en y por el discurso para mostrarse competente para conocer, para decir y para evaluar ese momento específico de la realidad argentina. Esta construcción discursiva recibe el nombre de Enunciador, el cual no es un mero reflejo del agente, sino un simulacro textual que el agente construye de sí a partir de la gestión estratégica de sus recursos en el espacio de posibilidades discursivas. Aquellas opciones, entendidas como estrategias discursivas, viabilizan la construcción del enunciador, del enunciatario y del enunciado.

La autoconstrucción del Enunciador en relación al eje semántico Nosotros/ Ellos, es la estrategia discursiva que conducirá nuestro análisis. “*Por eje semántico se entiende una relación entre dos términos cuya naturaleza lógica es indeterminada (...)*”, dichos “(...) términos [estén o no lexicalizados] *únicamente pueden ser definidos como puntos de intersección de diferentes relaciones.*” (Greimas y Courtés, 1982: 136, 408), lo cual, nos parece particularmente importante, a fin de observar qué efectos de sentido trae aparejado este eje semántico cuando aparece en relación al Enunciador.

En el caso del discurso analizado el eje semántico Nosotros/ Ellos se relaciona con otro eje de oposición: el eje Interior/ Buenos Aires que rige las relaciones entre el espacio y los actores que se establecen a lo largo del discurso. El Interior es el espacio de un Nosotros conformado por distintos atributos: en primer lugar, aparece como un nosotros homogéneo constituido por los dirigentes agropecuarios y los pequeños y medianos productores “*sobrevivientes de los noventa*”, por los “*compañeros de surco*”. Estos rasgos del Nosotros son algunos modos de designación que acentúan su oposición con el Ellos al poner énfasis en el rol

temático¹³ de “Productores” entendido, en este discurso, como los que hacen posible, a partir de su trabajo, la existencia de una “*economía real de los pueblos del interior*”, pero que, también, viabilizan la existencia de una economía artificial que implica al Ellos, a su espacio Buenos Aires y a sus actores: “*las retenciones, en estos niveles y bajo estas formas, no son otra cosa que una forma de transferencia tributaria y fiscalista de seguir sacándole recursos a la economía del país, a la economía real de los pueblos para transferir a la chequera de Buenos Aires.*” De este modo, el Ellos es el no productor, es el que toma los recursos del conjunto del Interior y opera transformaciones negativas sobre el Nosotros imposibilitando un “*federalismo en serio*”; reconociendo hasta cierto punto la autonomía política de las provincias del Interior, pero sojuzgándolas económicamente a través de la política impositiva, de la que forma parte el esquema de retenciones que se intenta implementar. Esto supone la construcción de un panorama donde la esencia del federalismo se ve desvirtuada, pues Buenos Aires impone un modelo tributario que priva a las provincias de los recursos generados gracias al trabajo de sus habitantes y que impide su soberanía. En consecuencia, esto suscita un desplazamiento de la oposición Campo/Ciudad hacia el eje Interior/Buenos Aires que tiene como efecto de sentido una resemantización del conflicto.

Este punto nos parece central ya que el enunciador construye un Nosotros inclusivo mediante el cual traza la frontera, ya no sólo espacial que los separa del Ellos, sino que introduce la oposición Político/No político en tanto atributo de cada uno de los términos del eje semántico. Este eje funciona como diferenciación de un Ellos constituido por agentes que conforman el campo político, pero también instala ciertos valores que el enunciador pone en circulación en su configuración implícita: la política es, entendida en términos de trabajo/producción, un no-trabajo. El político, entonces, es considerado como no- productor que vive de los que producen. Al hacer énfasis en este disvalor que caracteriza al Ellos, el enunciador se inscribe junto al Nosotros en el término No- Político; lo presenta como un valor que posibilita legitimar su práctica: los dirigentes agrarios y los pequeños y medianos productores ya no se proponen como un sector que discute las problemáticas específicas del mismo, sino que son expresión de todos los que hoy tienen una voluntad política distinta y cuya protesta, ya no es sólo un mero acto de

¹³ El rol temático es entendido “*como un recurso mediante el cual el agente asigna al enunciador características que lo jerarquizan*”. El rol temático, entonces, responde “*a la figura de un actor asociado a un hacer particular, reconocible gracias a su relativa fijación en el marco de las relaciones intertextuales e interdiscursivas. De este modo, el rol temático constituye una figura de condensación mediante la cual el agente construye su figura como enunciador*” (Costa y Mozejko, 2010:31)

oposición, sino que *“es el acto de la voluntad colectiva de miles de argentinos; es el campo y la ciudad; es el interior en su conjunto que decidió ser parte de un protagonismo distinto. Que dejó, por fin, de delegarle a otros y empezar a tomar el destino en las manos propias.”* Por esta razón, el Nosotros “tiene el deber” de ser protagonista en todas las discusiones políticas y no únicamente en las que respectan al sector agrario. Este deber -entendido como un no poder no hacer- lo constituye como un nuevo actor no político con una voluntad transformadora que abarca a toda la Argentina.

Entonces, ¿Qué elementos aparecen asociados al eje semántico para legitimar dicho deber hacer? La construcción del Nosotros como parte de la Historia Nacional y la inscripción de la instancia de enunciación en un devenir histórico. En primer lugar, el enunciador, en tanto dirigente, se configura como tolerante, paciente y constructivo, pero también con racionalidad, ya que sabe manejar y conducir el proceso de lucha entendido como ese proceso transformador que está llevando a cabo el Interior con el objetivo compartido de construir un *“federalismo en serio”* oponiéndose a las medidas centralistas, pero también con el objetivo implícito de inscribirse e inscribir el acto de enunciación como un hito de la historia nacional, cuyo carácter teleológico se va sugiriendo con la asimilación de la palabra de otros enunciadores.

En primer lugar, el Enunciador recupera la palabra de Manuel Belgrano: *“El objetivo de la política es la felicidad de los pueblos”*; *“Para lograr esa felicidad es necesaria la repartición de las riquezas”* y *“Los pueblos del Interior no deben verse obligados a ser enemigos del Gobierno Central de Buenos Aires; por eso desde ese Buenos Aires se debe fomentar la agricultura, el comercio; combatir la corrupción, el contrabando y la tradición de los funcionarios del Estado que hacen negocios con el extranjero.”*

Esta recuperación posibilita presentar el reclamo como una actualización de dicho discurso histórico. En ese acto, en ese momento de enunciación, el enunciador y el nosotros *“están escribiendo parte de la Historia Nacional”* al mismo tiempo que enarbolan aquellas frases de Belgrano ahora convertidas en banderas de las mayorías del Interior.

A partir de esta recuperación el enunciador vuelve a poner énfasis en la extensión de los reclamos al tratar que no se circunscriban sólo a las demandas del sector rural, sino a las del contexto político argentino. En este punto y en relación con lo anterior, hace un repaso de las medidas que se llevaron a cabo en el pasado: marchas, paros, protestas caracterizadas como testimoniales y sin una verdadera vocación transformadora. Pero que, aún así, son calificadas

como manifestaciones de una resistencia. Una resistencia iniciada en la “*década infame de los noventa*” de la cual han sobrevivido aquellos que hoy llevan adelante el reclamo. De esa época de condiciones desfavorables y sin esperanza que desembocó en la crisis del 2001, se desprende el momento de enunciación el cual es construido transversalmente opuesto. En el 2008 las condiciones son favorables y esperanzadoras, pero existe un obstáculo que interrumpe el desarrollo que el Nosotros puede llevar a cabo. Ese “*obstáculo*”, esa “*barrera*” es el gobierno asociado a las multinacionales del negocio agrícola; esto es, el Ellos que no solamente despoja a los pequeños y medianos productores agrícolas, sino que además “*impide*” el crecimiento de la nación obstaculizando las posibilidades de “*progreso*”.

De esta manera, derivan dos efectos de sentido sobre la configuración del Enunciador: por un lado, el Nosotros inclusivo posee las competencias para actuar; reconoce las posibilidades y condiciones óptimas de desarrollo, mientras que el Ellos, únicamente, impone medidas negando dichas condiciones. Esto acentúa la dimensión del deber hacer del Nosotros ya que, por lo mismo, se configura como impelido por el gobierno para intervenir en la política nacional.

Lo anterior, en tanto referencia interdiscursiva estratégicamente producida por el agente, establece una relación de coherencia con una frase de Arturo Jauretche que el enunciador, posteriormente, asimila: “*Hasta que un día el paisano termine con este infierno y haciendo suyo el gobierno con sólo esta ley se rija: o es pa' todos el invierno o es pa' todos la cobija.*” para referirse al gobierno, pero también a los otros actores implicados en la configuración del Ellos: los grandes exportadores y las compañías aceiteras beneficiados por las políticas oficiales que permiten la concentración de las riquezas en los mismos grupos y que, bajo el amparo del gobierno central, también son parte del despojo a los pequeños y medianos agricultores. Entonces, aquel deber hacer que se atribuía el enunciador (como parte del Nosotros) implica solamente a aquellos configurados como parte de la resistencia histórica, a aquellos productores signados por la carencia de políticas que los contemplan y, principalmente, a los que pueden asemejarse por su lucha de resistencia a las Madres de Plaza de Mayo cuya palabra aparece en el discurso complejizando el diálogo intertextual.

Ahora bien, queremos analizar esta asimilación de otro enunciador en clave ya no del contenido, sino más bien atendiendo al efecto de sentido que podemos atribuirle. La incorporación de la palabra de Madres de Plaza de Mayo no sólo buscar disputar los emblemas de izquierda recuperados por el kirchnerismo para asemejar el acto de enunciación con un acto

de militancia o lucha sino que, también, hace manifiesta una disputa política por el sentido, pues, lo que se pone en juego es lo que las Madres de Plaza de Mayo representan como símbolo de resistencia a un orden represivo; en tanto lucha de sujetos que no tienen la misma posición ni similares posibilidades de acción, ya que están supeditados a las medidas dictadas por un gobierno que los califica como adversarios.

En efecto, la instancia de enunciación aparece configurada, desde distintas aristas, como un momento más del devenir histórico nacional y que tiene el objetivo expreso de “*honrar los sueños inconclusos*” de los Padres de la Patria de Latinoamérica (San Martín y Simón Bolívar) para así “*seguir luchando por una Patria justa, libre y soberana*”. Esta última referencia insta un deber del Nosotros que ya no culmina en las demandas actuales, sino que trasciende a una dimensión teleológica, inscribiéndolo como actor del proceso transformador. Seguir luchando por la Patria será así, el mandato a cumplir por los pequeños y medianos productores.

Para finalizar, queremos reparar en la relación entre lo dicho y lo no dicho considerando que en el análisis discursivo lo que no se dice, lo que se oculta es particularmente importante. El silencio (lo no dicho) en este discurso específico se orienta a la construcción de una identidad colectiva establecida por el ocultamiento deliberado y estratégico de, por un lado, las disputas entre las entidades -disolviendo así las históricas diferencias con la SRA y, en menor medida, con la CRA-; y, en segundo lugar, de las situaciones heterogéneas existentes al interior de las bases de la FAA, dado que no todos sus afiliados se ven afectados del mismo modo por el modelo económico impulsado por el gobierno. Así, esta dimensión de lo no dicho tiene como efecto de sentido construir una imagen homogénea de la Mesa de Enlace borrando en sus diferentes trayectorias y posicionamientos en más de un siglo de existencia.

A modo de cierre:

En el presente trabajo hemos procurado presentar un modo de abordar el conflicto por la Resolución 125 que nos permita postular el nexo entre la construcción estratégica del discurso de la FAA en el acto de Rosario del 25 de Mayo de 2008 y las transformaciones socioeconómicas acontecidas en el sector rural en las últimas décadas. Intentar darle un cierre definitivo a este análisis sería reducir drásticamente la complejidad y las múltiples interpretaciones que posibilita

la producción discursiva en el marco de este acontecimiento. Es por ello que proponemos ciertas conclusiones preliminares que funcionen más como aperturas a nuevos trabajos que como corolarios del presente.

Una posible veta a seguir explorando a futuro son los efectos de sentido que produce la persistencia en el uso del modo de designación “pequeños y medianos productores” en los discursos de FAA. Designación que se les atribuye a ciertos agricultores, aún cuando las profundas mutaciones a las que se ha visto sometida la cadena agropecuaria en los últimos tiempos, hayan modificado totalmente las posiciones relativas de los mismos en el entramado productivo. Consideramos, a modo de hipótesis, que a pesar de dichas transformaciones estructurales se puede advertir una constancia estratégica en el uso del modo “pequeños y medianos productores” que permite verosimilizar su discurso, estableciendo, tanto relaciones de coherencia intertextual (entre otros textos producidos por la entidad) como de coherencia “histórica” (actualizando permanentemente la constante defensa de los eslabones más débiles de la producción agraria a lo largo de la existencia de FAA). Esta última, podemos conjeturar, le sirve al agente social en la construcción del enunciador para asociarse al rol temático de “defensor”; pero un defensor de actores marginales, siempre sojuzgados por los sectores más poderosos del agro, que imponen reglas en los mecanismos de producción rural que los perjudican hasta el extremo de la desaparición; lo cual asignará al enunciador características que lo jerarquicen.

Otro punto a explorar es relación dialéctica que, creemos, se produjo entre la construcción de la causa agraria por fuera de los límites establecidos por las problemáticas inherentes a la realidad agropecuaria que los ruralistas proponen en sus discursos y las acciones de adhesión surgidas en otros sectores sociales -apoyos que pueden ser comprendidos en base a diferentes elementos (el rol de los medios de comunicación, el juego político, las diversos intereses económicos en tensión, entre otros.)-. Consideramos a título de hipótesis, que las asociaciones agrarias, en la medida en que se vieron fortalecidas por el acompañamiento de amplios sectores sociales, abandonaron su acción gremial, inscribiéndose desde y por el discurso dentro de un movimiento de mayor alcance que trascendió las fronteras de la reivindicación rural, lo que implicó la irrupción de este colectivo en el campo político constituido como nuevo sujeto político de naturaleza extrapartidaria.

Bibliografía

- AZCUY AMEGHINO, Eduardo y FERNÁNDEZ, Diego (2007): Yo acumulo, tu desacumulas, él se funde: en torno a los mecanismos económicos del proceso de concentración del capital en la agricultura argentina a comienzos del siglo XXI. En Actas de las V Jornadas interdisciplinarias de estudios agrarios y agroindustriales, FCE-UBA.
- BALSA, Javier (2008): *Pasado y presente en el agro argentino*. Ed. Lumiere
- BARSKY, Osvaldo y DÁVILA, Mabel (2008): *La rebelión del campo*. Ed. Sudamericana.
- BARSKY, Osvaldo y GELMAN Jorge D. (2009): *Historia del agro argentino*. Ed. Sudamericana.
- BASOMBRÍO, Bernardo (2009): *No, positivo*. El Cencerro editora.
- BOUDON, Raymond (1981): “*La lógica de lo social*”. Ed. RIALP, Madrid.
- BOURDIEU, Pierre (2001): *El campo político*. Ed. Plural.
- CHABELDÍN, Analía (2009): *Que el pueblo sepa que el pueblo puede. La gesta del campo marzo julio 2008*. Ed. Sociedad Rural del Partido de General Villegas.
- CHARAUDEAU, P. y MAINGUENEAU, D. (2005) *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires. Amorrortu.
- COSTA, Ricardo y MOZEKO, Teresa (2001): *El discurso como práctica*. Ed. Homo Sapiens.
- _____ (2002): *Lugares del decir*. Ed. Homo Sapiens.
- _____ (2007): *Lugares del decir II*. Ed. Homo Sapiens.
- _____ (2009): *Gestión de las prácticas: Opciones discursivas*. Ed. Homo Sapiens.
- _____ (2010) "Introducción" en “*Discurso y Sociedad en la Antigüedad Grecolatina*”. Ames, C. y Carmignani, M. (Editores). Ed. El Copista.
- GRAS Carla y BIDAISECA Karina (2010): *El mundo chacarero en tiempos de cambio. Herencia, territorio e identidad en los pueblos sojeros*. Ed. CICCUS
- GRAS Carla y HERNÁNDEZ Valeria (2009): *La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios*. Ed. Biblos.
- GREIMAS, A. J. Y COURTÉS, J. (1982) *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid, España. Gredos
- GRELA Plácido (1985): *El grito de Alcorta*. Centro Editor de América Latina.
- HERNÁNDEZ Valeria (2006): Nuevos actores en el paisaje rural argentino: mercado, conocimientos e institucionalidad. Institut de Recherche pour de Développement.
- LATTUADA Mario (2006): *Acción colectiva y corporaciones agrarias en la Argentina. Transformaciones institucionales a fines del siglo XX*. Ed. UNQ
- LATTUADA Mario y NEIMAN Guillermo (2005). *El campo argentino. Crecimiento con Exclusión*. Colección Clave para Todos. Ed. Capital Intelectual.
- LISSIN, Lautaro (2010): *La Federación Agraria hoy. El campo en discusión*. Colección Clave para Todos. Ed. Capital Intelectual
- NEIMAN Guillermo (dir.) (2010): *Estudio sobre la demanda de trabajo en el agro argentino*. Ed. CICCUS
- PALACIO Juan M. (2006): *Chacareros pampeanos. Una historia social y productiva*. Colección Clave para Todos. Ed. Capital Intelectual.
- SARTELLI Eduardo (2008): *Patrones en la ruta*. Ediciones Ryr
- SLUTSKY (2008): Situaciones problemáticas de tenencia de la tierra en Argentina. Ministerio de Economía y Producción Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos Dirección de Desarrollo Agropecuario, PROINDER.
- VÁZQUEZ GARCIA, Francisco (2002): *Pierre Bourdieu. La sociología como crítica de la razón*. Ed. Montesinos.
- VERÓN, Eliseo (1980): “Discurso, poder, poder del discurso”. Anais de primeiro colóquio de Semiótica. Rio de Janeiro: PUC/ Edições Loyola.
- _____ (2003): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Ed. Eudeba
- _____ (2007): *La semiosis social*. Ed. Gedisa.

WEBER, Max (1996): "*Economía y Sociedad*". Ed. Fondo de Cultura Económica